



religiosa termina perdiendo la fe en el género humano y pasa sus días disfrutando solapadamente de los lujos y los beneficios de los que antes renegaba. A pesar del remordimiento frente al dinero rápido producido por las drogas, Genoveva envía, en medio de un proyecto de ascenso social y de ilustración moderna, a su hijo Roberto de los Ángeles Miranda a Harvard. Las familias del narcotráfico siguen e imitan la educación de la élite cultural gobernante y de abolengo. Los nuevos ricos quieren ser iguales a los señores feudales y a los criollos que fundaron la nación a su favor. Si la pobreza, fomentada por las élites racistas y excluyentes, no permitía que los hijos de las clases menos favorecidas tuvieran acceso a una universidad nacional o extranjera, el narcotráfico lo hizo posible, aunque finalmente no supieran para qué. No era el capital simbólico, el saber, lo que perseguían los hijos del narcotráfico, era la legitimidad social de su poder económico y de sus acciones violentas.

Mirándolo bien, sigue habiendo mucho parecido entre estos personajes y los del presente, más de lo que augura Gaviria cuando habla del anticipo, de la advertencia, del rebosamiento de los hechos por parte de Gossaín, quien visionó y dejó plasmados rasgos de lo que después fue el fenómeno de la cocaína en los ochenta. Pero no pone el acento en el presente, y creo que este tema merece más que un guiño. Está bien que el autor no se enfrasque en revelar “secretos innecesarios” (p. 13) ni sus fuentes, eso arruinaría la marcha novelesca, pero hay una salvedad sobre un asunto que es importante para la prehistoria de la marihuana en Colombia: la combinación de saberes extranjeros trasladados al país para responder a las necesidades internacionales de un nuevo mercado. Es decir, una nueva forma de colonización, esta vez botánica y comercial.

Cuando El Cacique decide financiar la cosecha en Montaña Blanca envía a Chema, un especialista agrónomo con barba de ermitaño que cultivó hachís en el Líbano, para enseñar a los campesinos a sembrarla y cultivarla. Los niños lo veían extasiado observando plantas. Lo apodaron el Doctor hierba; vivió con una indígena y tuvieron un hijo. Cierta día un trabajador de Cachaco anunció que murió de tuberculosis, le entregó a Miranda una caja que decía: sólo abrir después de muerto; Miranda la destapó y encontró hojas, tallos, flores, clasificaciones, un herbario. Se lo entregó al cónsul que lo llevó a *Smithsonian Institution*, para su conservación. Vale anotar que estudios de investigadores como Eduardo Saénz y otros revelan que el consumo y cosecha de la marihuana en Colombia no se debe a la contracultura de los Estados Unidos en los sesenta, aunque evidentemente esto nos tuvo que permear y tuvo que estimular su tráfico. De hecho, incluso el prologuista únicamente alude a la situación de consumo en los Estados Unidos donde para 1980 efectivamente había cerca de 70.000.000 de consumidores. Pero en Colombia se cultiva, comercia y consume marihuana a partir de los años 30 y 40. Esto no se ve reflejado en la novela, más bien lo contrario, al menos en lo que respecta a la génesis, con este personaje gringo que se roba el crédito de un posible Chamán hierba o algo más imaginativo, como sólo Gossaín pudiera hacerlo.

En la novela aparece la decadencia colectiva que originó la bonanza, la transformación cultural que se desarrolló a raíz de este fenómeno, la hecatombe moral y social que desencadenaron todos estos cambios. Conflictos

ancestrales entre familias, torturas, violencia sexual, infidelidad, venganza, ambición, corrupción, mentira, masacres y asesinatos, ostentación... Pero lo que más llama la atención son las imágenes violentas con las cuales Gossaín representa horrores inimaginables, las que introduce de manera detallada y contundente, total que nos impacta, nos afecta, deja una huella, activa la orquesta de nuestros sentimientos. Las imágenes son tan potentes que vuelven a nosotros como fantasmas lacerantes. Transloca las crudas imágenes de la guerra —de las que somos testigos por millones— a la escritura. A propósito de cómo pueden ser de impactantes las imágenes violentas traídas al papel, podemos mencionar el caso de la anciana madre América Morales, sobreviviente a una masacre, que murió aislada en su cama luego de recostarse traumada por ese hecho abyecto. Cuando por fin la encontraron, su cadáver mordía la almohada con fuerza, la mordía para “no acordarse más de su marido desatado como una bestia y del niño jugando con la cabeza” (p. 78).

Nuestro presente sigue anclado a un cacicazgo más sofisticado, pero igual de déspota. Por eso es importante señalar, por último, que cuando uno lee *La mala hierba* no puede evitar asombrarse con tanto parecido, es como si el tiempo se hubiera detenido desde que el país fundó su proyecto de sociedad moderna en la producción y venta de drogas y en el despilfarro de sus dineros explosivos. La relación, a la fuerza invisible, entre quien tiene el deber de utilizar la violencia organizada para defender la vida, pero en vez de eso la denigra, y quienes pueden comprarla y lo han hecho y lo siguen haciendo, es evidente en la novela y en el diario vivir del pueblo colombiano. Aunque esa realidad se maquille, cada vez con un tono más fuerte por lo evidente de las arrugas, se sigue vendiendo y defendiendo en los medios de comunicación y en las prácticas políticas. Cuando el coronel Mendoza da el pasaporte falso a Costello para que huya, dice ante los medios de comunicación “no soy el que expide las cédulas” (p. 250) y con eso se lava las manos. Y qué decir de las chuzadas a los partidos de oposición y las manifestaciones que disuelven a plomo. El ansia de estos poderosos narcotraficantes es reemplazar a los antiguos jefes políticos regionales y nacionales. Todo el mundo sabe que son narcos, pero prefieren callar y elevarlos a la categoría de nuevos dioses. Los narco-políticos se ven inmersos en un mundo nuevo, manejado a su antojo, cuyos valores no encajan ni en las culturas ancestrales ni en las élites ilustradas, pero que responden a las lógicas más deshumanizantes del capitalismo. Por lo cual, inician una apoteósica carrera para obtener conocimientos, comportamientos, cultura y bienes que los hagan dignos de la clase alta y de las jerarquías militares y religiosas. La codicia que se apodera de las nuevas clases en ascenso a partir de la economía subterránea e ilegal fomenta y legitima la violencia como forma de gobierno, a tal punto que logra convencer a las clases de abolengo que la alianza entre unos y otros es el paradigma de la nueva sociedad. La pérdida de los valores humanistas y el abandono de una sociedad democrática y plural acarrea una debacle histórica. El ingenio en *La mala hierba* muestra en el germen de la marihuana el comienzo de una ola de violencia que por ahora no termina. Allí donde sus semillas fueron sembradas también germinó el terror. ■